

## EL PUEBLO EN NAVIDAD

**S**ABIDO es que los niños no viven en el tiempo, sino en la eternidad. El niño no sabe nada de relojes, ni de almanaques, porque su mundo es un mundo hecho no de tiempo, sino de instantes eternos, de una luz de oro puro. Sus abuelos, sus padres, sí gastan relojes, e incluso despertadores, y en los almanaques, a veces, realizan alguna señal o anotación sobre algún día determinado. Pero eso el niño no lo sabe. Lo sabe luego, cuando también él, como sus abuelos y sus padres en su día, es expulsado de la eternidad y tiene

que comenzar a tramitar los horarios y los días de la semana. Cuando entra en el tiempo.

En la casa de mis abuelos había un reloj que marcaba las horas, y un almanaque, casi siempre con una imagen del Nazareno de San Agustín, patrocinada por “Almacenes Porro”, donde los adultos de mi casa miraban el día que era para saber cuánto faltaba para la paga del dieciocho de julio o cuándo era la misa de difuntos de la vecina aquella que murió.

Pero eso, como digo, era ajeno a los niños. El tiempo nos era ajeno porque nosotros éramos eternos, éramos Niños-Dioses que vivíamos en perfecto acuerdo con la luz, con su oro puro. Ese es el motivo, pienso ahora, de que nos sorprendiéramos tanto cuando llegaba alguna fiesta. Nos sorprendíamos porque no la esperábamos, porque no sabíamos que iba a llegar. Estoy hablando de la primera in-

fancia, claro, de la infancia más honda. Luego, aunque todavía en la infancia, pero ya en el colegio “La Salle”, sabíamos que llegaba mayo porque los Hermanos nos enseñaban a cantar himnos y a llevar flores a María, que tan hermosa es, o que llegaba el verano porque las clases se nos hacían tediosas y largas. Y sabíamos que llegaba la Navidad porque nos daban las vacaciones de Navidad. Ante estos datos tan incuestionables, nuestra eternidad ya no podía extraviarse, y aunque de forma muy rudimentaria, sabíamos por dónde iba el tiempo.

El problema era antes, en la primera infancia, cuando no teníamos las referencias del curso escolar. Entonces tenía que guiarme por los cambios de hábitos de los mayores. Por ejemplo, con cuatro o cinco años yo sabía que llegaba la Navidad por los siguientes datos:

Con el frío se me llenaban las orejas de sa-

bañones y me pasaba el día rascándome.

Los basureros llegaban por las casas y entregaban a las mujeres estampitas de un santo negro que se llama San Martín de Porres, con una inscripción que decía “El barrendero de su calle les desea Felices Pascuas”. Mi abuela y las vecinas se metían las manos en el delantal y se sacaban alguna moneda que entregaban al basurero, pidiéndole, eso sí, que no se emborrachara y que entregara el dinero a su mujer, para comprarle ropita a los niños.

En mi casa, que jamás entraba una gota de alcohol porque mi abuelo solía traer la carga hecha de la taberna de Cayetano, se dejaban ver una botella de anís y otra de coñac. Estas botellas estaban prohibidas a los niños, claro, pero no así el líquido dulzón de un frasco de uvas en aguardiente que mi abuela preparaba. Aquel brebaje estaba muy bueno, y nos producía un calorcillo muy agradable en el estómago. Recuerdo que aquellas mañanas